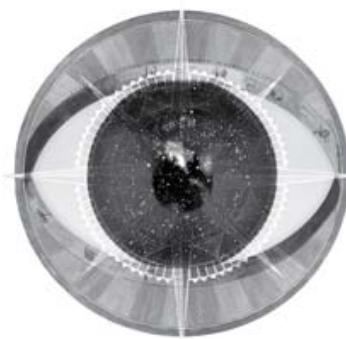


*Detrás de muchas noticias hay un trasfondo científico que no suele ser explicado —y a menudo ni siquiera es percibido—. Los periodistas que se especializan en las ciencias buscan describirlo, cuestionarlo, comunicarlo al público, pues así los ciudadanos pueden exigir decisiones políticas de altura. ¿Podemos esperar tanto de quienes presentan el saber científico en los medios?*



ENSAYO

## ¿Para quién trabaja su periodista favorita?

JAVIER CRÚZ

**¿**Tiene usted una periodista favorita en México? Y, si la tiene, ¿puede identificar rápidamente la característica que la hizo su favorita? ¿Es su valentía, su inteligencia, su profesionalismo? De ser así, ¿no son estos rasgos lo menos que deberíamos esperar de todos los periodistas?

Compliquemos la cuestión: ¿trabaja para usted su periodista? El medio que usted consulta, ¿orienta su actividad periodística a los intereses de los ciudadanos que lo favorecen?

Haga una prueba simple. Si suele leer un diario, deje de hacerlo por dos semanas; guárdelo, pero no lo lea. Terminado el periodo de prueba, recupere la sección principal de las ediciones que dejó de leer y señale las notas que, dos semanas después, aún son relevantes. Eso debe haber dejado fuera un volumen algo vergonzoso de notas que si fueron publicadas, a pesar de su fámélica vida de anaquel. Pero, para la prueba de fuego, recupere (internet lo permite, hasta cierto punto) los titulares de su medio favorito de hace un año y examine qué de lo que entonces le ofrecieron para “estar bien informado” vale ahora más que un camino.

El punto no es si el periodismo es un termómetro preciso de la historia en ciernes; lo interesante es si en los procesos de jerarquización de la información los editores de su medio favorito están pensando remotamente en lo que necesita saber usted hoy, mañana, en quince días y dentro de un año.

La cuestión ha sido examinada, si bien desde otro ángulo y con otras conclusiones, por el periodista Mario Campos en la revista *Etcétera*. Entre su papel de analista de medios y protagonista en ellos, Campos, que conduce el noticiario matutino del Instituto Mexicano de la Radio, se incluye explícitamente en el *mea culpa*, gesto en el cual lo acompañamos varios más. Tras preguntarse para quién trabajan los medios y ofrecer la respuesta de repertorio (“para los ciudadanos, naturalmente”), Campos hunde el dedo más allá de la superficie: “si uno mira el contenido de

muchos de los medios —y lo digo con la conciencia de no estar libre de pecado— descubrirá que en muchas ocasiones más que estar al servicio del ciudadano, y con la mira puesta en sus necesidades, la atención está colocada en el poder...”

Si bien esto no responde su pregunta inicial (¿para quién trabajan los medios?), sí deja claro, al menos, que no son ni los ciudadanos ni nuestras necesidades de información lo que ocupa la atención de los editores en México. Si lo fuera, lo notaríamos en la agenda temática, en la jerarquización y, sobre todo, en el tratamiento de la información: la asignación de reporteros, la elección de fuentes, la agudeza de las entrevistas, la profundidad y el rigor de la investigación periodística, la extensión de los productos.

En pocas palabras, si los periodistas trabajasen para los ciudadanos, la calidad de sus productos sería otra.

Un ejemplo hace aterrizar las generalidades. Con los ojos del mundo puestos en Cancún en noviembre de 2010, a propósito de la cumbre mundial sobre cambio climático, el presidente Calderón eligió “dar la nota” anunciando el compromiso de su gobierno para cambiar los focos tradicionales por nuevas versiones ahorradoras, en nombre de la modernidad ambiental.

Fue nota: los medios de mayor alcance colocaron el programa Luz Sustentable (su engañoso nombre oficial) en posiciones relativamente prominentes de sus respectivos espacios. Le fue bien, a esta nota, en la batalla de la jerarquización. *La Jornada* le dio la portada de su sección Sociedad y Justicia; *Reforma* la colocó en la página 2 de su primera sección; *El Universal* desplegó la nota en primera plana, arriba del doblez, con un pequeño gráfico y un llamado a la sección Nación. En otros medios, incluidos los electrónicos, la situación fue similar.

La información era relevante en la medida en que anunciaba la prohibición, para 2014, de vender focos incandescentes en todo el país y prometía ahorros en energía y en emisiones de gases de efecto invernadero. Siendo que el tema no sólo conserva su importancia por 15 días sino que la mantendrá, con seguridad, hasta diciembre de 2011, ¿no contradice este ejemplo las insinuaciones del principio de este texto? ¿No es una buena prueba de que los editores de esos diarios tienen a los ciudadanos precisamente en la mira de su trabajo periodístico?

Reparemos en un detalle: dos de esos tres diarios encajaron esa información en secciones consagradas a la política. Y aunque *La Jornada* sí la colocó en la sección donde suelen aparecer las notas de ciencia, no había ni rastro de ciencia en ninguna de las notas con que estos diarios (o cualquier otro, para el caso) informaron sobre Luz Sustentable.

¿Debía haber ciencia en los productos periodísticos sobre ese alarde presidencial en una reunión internacional llena de políticos? Alegaré que sí, pero examinemos primero las consecuencias de que la ciencia haya quedado fuera. Los lectores de esas notas se habrán enterado de que se cambiarán 47 millones de lámparas y focos, de que Calderón “ofreció dar 4 lámparas ahorradoras a cada casa” (*El Universal*) —pero en realidad sólo las ofreció a casas de familias con escasos recursos, y no las dará él sino nosotros, los ciudadanos—; de que el gobierno calcula poder evitar, así, la emisión de un millón de toneladas de CO<sub>2</sub> por año y la combustión de 2.5 millones de barriles de petróleo, con el consecuente “ahorro de 12 por ciento del consumo energético en las próximas dos décadas” (*Reforma*); y de que “ya está en curso la licitación internacional para el cambio, en una primera etapa, de más de 22 millones de focos” (*La Jornada*).

¿Queremos más ciencia? Los tres medios reprodujeron, diligentemente, la siguiente información (citando a Calderón como fuente): “la energía destinada a la iluminación representa la quinta parte del consumo total a nivel internacional y genera seis por ciento de las emisiones globales de efecto invernadero”. Dejemos de lado el hecho de que eso es comparar la velocidad con el tocino y reparemos, más bien, en que la falta de ciencia en la cobertura periodística dejó huecos en la información: ¿i) cómo es que los focos ahorradores ahorran tanta energía y cómo, para lograrlo, contienen mercurio, cuya disposición al final de la vida útil de cada foco supondrá un maltrato ambiental multiplicado por 47 millones si no se traza una estrategia preventiva; ii) que está bien documentada la llamada “paradoja de Jevons”, que en la coyuntura actual toma la forma del “efecto rebote”: si se aumenta la eficiencia en el uso de un recurso no renovable y en consecuencia el precio disminuye, entonces aumentará el consumo y pronto se desvanecerá el ahorro (esta

# “ ¿PARA QUIÉN TRABAJA, ENTONCES, EL PERIODISTA DE CIENCIA? PUES, SI SE SABE COMPROMETIDO CON SU FUNCIÓN SOCIAL, TRABAJA PARA LOS CIUDADANOS, PROPORCIONÁNDOLES LA INFORMACIÓN CIENTÍFICA QUE ENTIENDE QUE ES INDISPENSABLE PARA LA TOMA DE DECISIONES ”

versión un tanto simplista es disputada por economistas ambientales con buenas razones, pero ello abona en favor del punto que estoy argumentando), y *iii*] que, de acuerdo con cifras de la propia Secretaría de Energía, el sector en el que tendría impacto la sustitución de focos (consumo doméstico de energía) supone menos de la mitad del consumo energético del sector transporte.

Si el tema se ve desde una perspectiva científica, y no exclusivamente política, el enfoque debe estar en la reducción de emisiones de gases de efecto invernadero. En el caso de la iluminación doméstica, las emisiones ocurren en las plantas generadoras de electricidad, si es que éstas usan combustibles fósiles. Se entiende que disminuir el consumo en los focos ayuda; pero el balance energético calculado con principios científicos permite establecer que la prioridad no debería estar en el consumo doméstico de luz eléctrica sino en la combustión del sector transporte.

¿Por qué estaría justificado invertir millones de pesos de los ciudadanos en una licitación internacional para regalar focos ahorradores, mientras no se hace nada para mitigar las emisiones del sector transporte?

## OTRO PERIODISMO ES POSIBLE

La pregunta nos regresa al tema original. Según Mario Campos, “la atención [de los medios] está colocada en el poder, cualquiera que sea su presentación, público o privado”, pues, en su papel de vigilante, el periodismo “requiere estar atento a cada paso de los poderosos para documentar cualquier abuso”. Si por “poder” se entiende el poder político o el empresarial, se tiene la receta para hacer periodismo ortodoxo en México. En este contexto, la función de vigilancia se ejercería monitoreando el proceso de licitación, y por “abuso” se entendería corrupción, en su acepción más vulgar.

Hay, empero, otra interpretación válida. A nadie sorprende en México que los funcionarios, y no pocos empresarios con ellos, se agencien el dinero ciudadano con actos de corrupción. Bien cuando la prensa los pesca y nos informa. Pero ocurre que esto no es lo único que hacen los “poderosos”. Concedamos la presunción de inocencia al programa Luz Sustentable y veamos con la hipótesis de que ahí no hay nada ilegal.

Para reforzar el punto, cobijemos con la misma hipótesis a la decisión (fallida) de tirarse un clavado al fondo del Golfo de México a perseguir el “tesoro escondido” del petróleo en aguas profundas. Y a la decisión de aprobar sembrados “experimentales” de maíz transgénico trasnochado en el norte del país. Y a la decisión de subsidiar el consumo de gasolina y diesel pero no a las otras formas de energía renovable. Y a la decisión de imponer tres metros de “aisla-

miento social” entre ciudadanos en espacios públicos, como se hizo durante la epidemia de A-H1N1. La lista podría seguir.

El punto, por si no quedó claro, es que los llamados “tomadores de decisiones” hacen exactamente lo que diría Perogrullo: toman decisiones. Algunos (los funcionarios) en nuestro nombre, otros (los empresarios) en el de su interés propio, pero con impactos públicos a veces mayúsculos. Tienen, por tanto, responsabilidades sociales.

Veamos con esa misma luz al periodismo profesional: ¿cuál es su responsabilidad social? Las respuestas son múltiples y este espacio es limitado. En consecuencia, ofrezco aquí la interpretación en que se ha basado el trabajo periodístico, didáctico y de investigación científica en la Unidad de Periodismo de Ciencia, de la UNAM. Partiendo del reconocimiento de la importancia social de los tomadores de decisiones, particularmente los que reciben salarios pagados con dinero ciudadano, hemos agregado un doblez a la función de vigilancia que Mario Campos reconoce en los medios. Además de estar atentos a los actos de corrupción, nosotros esperamos de los periodistas el análisis crítico de los procesos de toma de decisiones de gran impacto en la vida de los ciudadanos, particularmente en los casos en que las decisiones deben ser tomadas con base en información científica.

¿Para quién trabaja, entonces, el periodista de ciencia? Pues, si se sabe comprometido con su función social, trabaja para los ciudadanos, proporcionándoles la información científica que entiende que es indispensable para la toma de decisiones.

¿Puede, entonces, considerarse adecuada la cobertura del programa Luz Sustentable sólo con la información que nos fue proporcionada? No, evidentemente, porque nada se nos dijo a los ciudadanos del proceso mediante el cual el poder ejecutivo decidió dar prioridad al tercer sector en orden de consumo energético (según el propio poder ejecutivo), ignorando, por lo que sabemos, los dos primeros. ¿Con base en qué información científica decidieron, en nombre nuestro, invertir nuestro dinero en licitaciones públicas internacionales para regalar bombillas? ¿Con base en qué información científica decidieron que la estrategia óptima para el país era abandonar casi todo intento de explotar los recursos renovables de energía e importar, mejor, la tecnología que se supone adecuada para perforar más pozos petroleros a 3 mil metros bajo el agua del Golfo? ¿Con qué criterios de agronomía mesoamericana se decidió aprobar siembras de maíz transgénico en México, aun a la vista de la información científica que lo desaconseja y que parece haber sido puntualmente entregada a los tomadores de decisiones?

Nada de esto apareció en la prensa mexicana con la densidad y profundidad que necesitamos los ciudadanos. Al menos en este frente, los periodistas de ciencia fallamos en nuestra función social de vigilancia. Pero

el asunto va más allá, porque la de vigilancia no es, no debe ser, la única función del periodismo, ciertamente no del periodismo de ciencia. Pensemos, por ejemplo, en el curioso caso de las investigaciones sobre el estrés extra que parecen sufrir los machos alfa de cierta especie de primates, asunto profusamente reportado en la prensa internacional. O en la hipótesis de que el lado oscuro de la Luna presenta (es un decir) una topografía insospechadamente accidentada porque puede haber sufrido el impacto de una segunda luna, mucho menor, formada durante el mismo fenómeno inicial pero finalmente untada en la cara que nunca le vemos a la Luna triunfante. O en la hipótesis, casi teoría, aún en construcción por dos astrofísicos mexicanos, que permitiría explicar una serie notable de observaciones de dinámica de galaxias prescindiendo de la incómoda hipótesis de la materia oscura.

Todos estos casos caben mal en la categoría de “información que los ciudadanos necesitamos para decidir algo urgente, amenazante, potencialmente dañino/benéfico en gran escala”. Pero lucirían muy bien en cualquier lienzo colgado bajo el rubro “información que necesitamos los ciudadanos para entender algo que nos permitirá ensanchar los horizontes culturales”, y esto es, también, parte de la función social del periodista de ciencia: satisfacer siempre la pregunta más elemental: ¿cuál es la ciencia de esta historia?

Es absolutamente cierto que para responder esa pregunta los reporteros deben haber sido dotados con la formación profesional, y equipados con los recursos necesarios, para poder acceder a las fuentes primarias del periodismo de ciencia: los artículos científicos y los científicos que los escriben. Eso, admitámoslo, es un problema. Pero admitamos igualmente que es un problema con solución.

El verdadero problema, el auténtico factor limitante, es que para siquiera aspirar a tener una prensa como la descrita aquí, una prensa constructora de ciudadanía, la primera condición es tener periodistas genuinamente dispuestos a imponerse criterios de calidad bien sustentados, porque comprenden que trabajan para los ciudadanos.

No para sí mismos.

¿Para quién estima usted que trabaja su periodista favorita? ◀

*Javier Cruz, físico y periodista, trabaja en la Unidad de Periodismo de Ciencia de la UNAM y en el IMER; colabora mensualmente con Letras Libres.*